

Colombia

LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD.

Por poco que se fije la atención en la corriente de ideas que dominan el movimiento social moderno, se nota en seguida una contradicción muy marcada: por una parte es indudable el avance de la idea socialista que se impone irresistiblemente hasta allí donde parece que debería ser con más fuerza rechazada; y por otra parte el sentimiento de la individualidad se exagera hasta el punto de que en política, en sociología, en artes, en todo, ya no valen partidos, ni sistemas, ni escuelas, contra la rebelión del pensamiento y de la acción individuales, como si cada individuo tuviera en su mente un mundo propio. Esto demuestra la realidad del problema que Guyau, el malogrado filósofo francés que murió hace pocos años en la flor de la vida, formuló en estos términos: «Buscar la conciliación entre el sentimiento de solidaridad siempre creciente, y la afirmación de la individualidad que se acusa también mas cada día».

Este problema quedó ya planteado en términos mas crudos dentro del lema de la revolución francesa «Libertad. Igualdad. Fraternidad»; pues siendo los hombres naturalmente desiguales en fuerzas y aptitudes, la libertad, es decir, la ausencia de toda cohibición que no sea absolutamente necesaria para la vida social, lleva necesariamente á una gran desigualdad en el disfrute de dicha vida, á una lógica opresión de los débiles por los fuertes, que es precisamente lo que se quiere evitar al proclamar la igualdad; y para evitarlo, para hacer que todos los ciudadanos sean iguales, no hay otro remedio que restringir la libertad poniendo trabas á la acción de los fuertes y amparando á los débiles con una cierta tutela social.

Libertad é igualdad se nos presentan, pues, como una contradicción irreducible. El tercer mote, fraternidad, puede tal vez dar la ilusión de conciliarlo todo, pero desgraciadamente no es mas que una palabra que no queriendo decir, como seguramente no quiere decir en la mente de los que proclaman el revolucionario lema, la caridad cristiana, el verdadero y fervoroso reino de Cristo en los corazones, no queriendo decir esto, repetimos, se resuelve en un vago humanitarismo que no tiene fundamento alguno en la naturaleza del *homo homini lupus*, y que, por tanto, en unos es hipocresía, en otros candidez y en todos una vana palabra.

Por esto, al cabo de un siglo de levantado en alto el lema de «Libertad. Igualdad. Fraternidad» con que quisieron sintetizarse los principios de la revolución francesa, se habla cada día mas de la quiebra de aquellos principios: é indudablemente dada la contradicción ideal que en el lema de los mismos se encierra, la quiebra es evidente, puesto que queda aun en pié el problema en los términos en que Guyau lo ha formulado. Esto en la esfera puramente ideal.

En la realidad de la vida ya es otra cosa. Los principios de la revolución francesa, ó mejor dicho, los principios que aquella revolución popularizó, han ido penetrando en la carne de las sociedades, y cada pueblo los ha asimilado á su temperamento.

Así, en los pueblos que suelen llamarse latinos, individualistas por naturaleza, la idea de libertad ha sido la que ha cundido principalmente, engendrando revoluciones, trasformando las constituciones políticas é informando la vida social. Por mas que en dichos pueblos se hable de socialismo, éste, que responde á la idea de igualdad, que quiere decir reglamentación, no pueda ser comprendido, ni lo es poco ni mucho, en Italia ni en España. Lo que hay en estas naciones es espíritu de rebelión contra todo poder, afán de goce y por consiguiente envidias y odios de clase y propensión á satisfacerlos por impulso individual aunque sea pasando por el crimen. Solo que se ha oído decir vagamente que socialismo significaba reivindicaciones de las clases obreras para mejorar su suerte, y los obreros que seguramente deseaban mejorar su suerte, cada uno la suya propia, entendiéndose bien, se han figurado que eran socialistas y se han dejado llamar tales por mucho tiempo. Pero eran y son anarquistas, muchos de ellos sin saberlo, y otros sabiéndolo, sin confundirse por esto con los criminales que echan bombas. Porque el anarquismo responde á la idea de libertad que en su última consecuencia conduce á la opresión del débil por el fuerte; y aquí en

el mediodía de Europa, por mas que se diga, todo el mundo está por esto, por el propio goce de la vida aun á espensas de la de los demás.

Lo mismo que de Italia y de España puede decirse de Francia con alguna salvedad. En Francia, realmente, el socialismo tiene apariencia de significar algo mas que entre nosotros y entre los italianos. Pero hay que tener en cuenta que en los componentes de la nacionalidad francesa hay mucho de septentrional de que nosotros en general carecemos; y que además, y tal vez como efecto de ello, el pueblo francés conserva por su historia un hábito de reglamentacion, y por temperamento una vocacion política que á nosotros nos faltan. De manera que, á pesar de su nombre y de sus programas, el socialismo es en Francia, mas que nada, una fuerza política, algo que sirve para el juego de los partidos, para levantar y derribar ministerios y si conviene para armar motines y revoluciones. ¿Cómo se comprenderian las afinidades, que en otra parte resultarían monstruosas, entre radicales y socialistas franceses, si no se explicaran por la tendencia meramente revolucionaria, jacobina, política, en una palabra, que les es común?

Compárese su respectiva situacion con la de los radicales y socialistas belgas, y se verá cómo en Bélgica, cuyas razas poseen sin duda un mayor sentido del interés social sobreponiéndose al interés del individuo como á tal, los radicales acaban de ser anulados por los socialistas y por los católicos, representantes unos y otros, en su respectivo campo, de aquel interés que tienen por superior al de la libertad individual que los radicales llevan escrita en su bandera.

Pero la verdadera patria del socialismo genuino son los pueblos germanos. Los pueblos germanos por sus tradiciones comunistas, su idealismo, sus aptitudes para la síntesis, son indudablemente los llamados á llevar hasta donde sea posible entre hombres el ideal socialista puro. Será un socialismo de Estado, la deificación de éste en la persona del Soberano ó en alguna abstraccion, ó será un socialismo de grupos ó de instituciones; pero la orientacion de los modernos germanos será siempre el socialismo, es decir, una cierta igualdad mas ó menos mística, la supeditacion del interés del individuo al interés social, al interés de clase ó de entidad. Signo evidente de esta vocacion germana, para no citar mas que uno, es que en ninguna Cámara del mundo tiene el socialismo, simplemente como á tal socialismo, la fuerza y la representacion que tiene en el Reichstag alemán.

Los pueblos y las razas que hemos citado viven cada uno á su manera, y todos de una manera parcial, los principios que se definieron al alborar este siglo. Pero hay dos pueblos, dos razas, que cada uno á su manera tambien, y estas dos maneras son diametralmente opuestas, parecen querer vivir el conjunto de aquellas ideas aparentemente contradictorias, y reducir aquella contradiccion á una unidad sintética y viva. Estos dos pueblos, estas dos razas, son la eslava en el extremo Oriente de Europa, tocando el Asia, y la anglo-sajona en el extremo Occidente estendiéndose á América: ambas hácia el norte.

Rusia con su autocracia paterna, con sus costumbres patriarcales, con su religiosidad, realiza en algo aquella fraternidad que en boca de los revolucionarios franceses no tiene ningun sentido, y que en boca de un ruso moderno, puede significar la armonía entre las libertades que los Czares van concediendo, y la igualdad espiritual, íntima, con que los compatriotas de Tolstoi pueden, nobles ó moujicks, mirarse unos á otros.

Y en el extremo opuesto, la vieja y la nueva Inglaterra, con su gran intuicion de la vida moderna, en el mero desarrollo de su libertad y poderosa iniciativa individual producen—tal es la fuerza expansiva de esta nacion robusta—una corriente de solidaridad ya de raza, ya de clase, tal, que sus *Trades-Unions*, por ejemplo, y sus grandes empresas coloniales, sus John Burns y sus Cecil Rhodes, pudieran muy bien reirse de todas las contradicciones ideales y de todas las antinomias irreductibles.

Porque la vida es cosa mas fuerte que todas las teorías y todas las abstracciones: éstas quieren resolverlo todo y no resuelven nada, y aquélla todo lo resuelve sin líneas y sin fórmulas.

Por esto hoy la suerte de Europa y del mundo entero, irresistiblemente dominada por las dos grandes fuerzas eslava y anglo-sajona, camina sin parar, mientras los hombres que escriben quedan indefinidamente pensativos.

J. MARAGALL.